



En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12)

JESÚS, DIOS FUERTE

Autor Alberto Prokopchuk

Lectura bíblica: Isaías 9:6; 10:21

Algo es fuerte si es resistente y duradero. Por ejemplo, una tela que no se rompe con facilidad; un mueble sólido y de madera noble; una casa de material bien fundamentada sobre una roca; una viga de hormigón que puede sostener un edificio; un dique que no se raja por la presión del agua; o un muro fortificado que protege una ciudad.

La intensidad, es otra manera de medir algo fuerte. Por ejemplo: "Una fuerte explosión fue oída desde lejos", "me encgueció una fuerte luz"; "sopló un fuerte viento toda la noche" o "cayó una lluvia muy fuerte anoche".

Cuando nos referimos a personas, decimos que alguien es fuerte cuando posee robustez, resistencia y fuerza para levantar elementos muy pesados, como grandes pesas o incluso un vehículo. O cuando demuestra resistencia para escalar empinadas montañas o correr sin decaer por muchos kilómetros.

Pero también, fuerte es que tiene capacidad para sobrellevar dificultades y sobreponerse a una gran pérdida o dolor. Por ejemplo, describimos a una persona con estas características: "Se incendió su casa y murieron sus dos hijos en esta tragedia, pero como es una persona fuerte, pudo sobreponerse y ahora sigue trabajando". En tal caso, no estamos hablando de su fuerza física sino de su fuerza interna, de su espíritu de lucha y de su habilidad para mantenerse inquebrantable.

También hablamos de la fuerza al señalar que algo nos conmovió: "Lo que dijiste fue muy fuerte" o "lo que vi en esa reunión resultó muy fuerte para mí". En este caso la fuerza se mide por el impacto que algo produjo en nuestras emociones.

Además, se ha utilizado el concepto de la fuerza como algo indefinido y etéreo que está latente en todo el universo. Por ejemplo, en la película de ficción "La Guerra de las Galaxias" la frase "Que la fuerza te acompañe" que se repite con frecuencia, nos sugiere la existencia de un poder protector que está presente en todas partes de manera invisible.



El nombre de Jesús el Mesías como “Dios fuerte” ¿qué nos sugiere?



Jesús mismo nos da la respuesta cuando en cierta ocasión “estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló.” (Lucas 11:14) pero algunos, que no lo querían y no creían en él, para descalificarlo dijeron “Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios.” Beelzebú significa “Señor del abismo” o también “Señor de las moscas”, era uno de los nombres de Satanás o Lucifer. Se lo ha representado con el rostro hinchado, negro, con cuernos, coronado con una cinta de fuego, peludo, con alas de murciélago y amenazante. Por eso, cuando dijeron que Jesús utilizaba el poder de Satanás para echar fuera los demonios, no dejó pasar ese comentario y demostró que era falso, inconsistente y contradictorio, además de ser ofensivo, diciendo: “Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado; y una casa dividida contra sí misma, cae. Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios.” Y para que quede bien claro cuál era su misión dijo: “Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín. (Lucas 11:21-22)

Podemos deducir claramente que “el hombre fuerte armado” representa a Satanás y el “palacio” que protegía y defendía representa a las personas dominadas por él, es decir, los que están poseídos y dominados por el diablo. Y como tiene absoluto dominio, tiene todo bajo control, es decir que “en paz está lo que posee”, porque nadie es capaz de hacerle frente ni de romper con su dominio, por dos razones: primero porque es “fuerte” y segundo, porque “está armado”.

Pero viene “otro más fuerte que él y le vence”. Ese “otro” representa a Jesucristo, que es más fuerte que Beelzebú, es decir, más fuerte que Satanás, “y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba”. No dice que “le quita algunas armas” sino “todas sus armas” y lo deja totalmente derrotado, aplastado, impotente, aniquilado e inofensivo. Ya no puede hacer más daño, no puede contraatacar, no puede recuperar a los que antes dominaba.

De pronto vemos que la profecía de Isaías se cumple en Jesucristo: “Y se llamará su nombre...Dios fuerte”. Él es nuestro héroe, nuestro “Guibór” o “Guerrero de Dios” que combate, desbarata y destruye las fuerzas del mal, y da libertad a los poseídos por el diablo.



¿En qué nos beneficia que Jesús sea el “Dios fuerte”?



En mucho, porque quienes han creído en él y lo recibieron como su salvador y Señor, los hizo parte de sus fuerzas de avance y conquista, lanzándolos al mundo con su autoridad y diciéndoles: “He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará” (Lucas 10:19) La potestad que

nos dio Jesucristo es un término jurídico que incluye el poder, el derecho y el deber. La potestad que nos dio es un derecho porque nos faculta para expulsar a los demonios. Y es un poder porque nos da la fuerza para hacerlo. Y es un deber porque estamos obligados a ejercer esa autoridad.

En Mateo 10:1 leemos: “Entonces (Jesús) llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera”. Es decir, que la autoridad que tuvieron fue una autoridad delegada, porque fue Jesús quien la dio. Ellos, por sí mismos, no tenían ninguna autoridad ni potestad. Por eso, cuando echaban fuera los malos espíritus decían “en el nombre de Jesús” como en el caso de la mujer poseída por un espíritu de adivinación a quien Pablo liberó, diciendo al espíritu: “Te mando en nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora.” (Hechos 16:18)

No solamente nos beneficia el hecho que Jesús sea el “Dios fuerte” para que en su nombre echemos fuera demonios, sino también para que su fuerza esté en nosotros. En 1 Juan 2:14 dice: “Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois FUERTES, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.” Si, los jóvenes son fuertes, nosotros somos fuertes y esa fortaleza se ve porque “la palabra de Dios permanece en nosotros y porque hemos vencido al maligno”. El Dios fuerte está en nosotros y permanece en nosotros desde el día que lo recibimos. Por eso somos fuertes. “En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues COMO ÉL ES, así SOMOS NOSOTROS en este mundo.” (1 Juan 4:17)

“Como él es”, como Jesucristo es, “así” del mismo modo “somos nosotros en el mundo” porque él está en nosotros. Él es fuerte y nuestra fuerza proviene de él, y sin él nada podemos hacer.

Somos fuertes en él, de manera tal que nada puede separarnos de él. Como diría el apóstol Pablo “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 8:38-39)

Como Jesús es fuerte y nosotros estamos en él desde el día que lo recibimos, el diablo no puede hacer nada si permanecemos en él, como lo afirma Juan “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y EL MALIGNO NO LE TOCA.” (1 Juan 5:18) porque Jesús, el Dios fuerte, está en él, y él en Jesús.

¿Quieres pertenecer a Cristo? ¿Quieres recibirlo como tu Salvador y Señor? ¿Anhelas que venga a tu vida y con su presencia recibas la fuerza que necesitas?



(Testimonio de conversión del facilitador o de algún miembro del grupo. También podría recurrir a la lectura de algunas conversiones notables en Internet, para mostrar cómo Dios ha bendecido sus vidas)

Si quieres recibir a Jesucristo, puedes repetir esta oración:



ORACIÓN:

Señor Jesús, ven a mi vida porque yo te recibo como mi Salvador y Señor. De ahora en adelante te pertenezco. Ven y perdona todos mis pecados y dame una nueva vida, la cual no quiero vivirla con mis fuerzas, sino con la tuya, porque eres mi Dios fuerte.

INSTRUCCIONES PARA EL FACILITADOR

Si alguien recibe a Jesucristo, después de haber orado, recuerda que te conviertes en su tutor, es decir, aquel que lo guiará paso a paso en el camino de la fe, serás su consejero y lo ayudarás en su crecimiento espiritual hasta su madurez.

1. Comienza hablándole del bautismo.
Abre tu Biblia y léele el pasaje de Marcos 16:16 “El que creyere Y FUERE BAUTIZADO, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Explícale el verdadero significado del bautismo y anímale a dar este paso lo antes posible.
2. Continúa con “Los primeros pasos de la vida cristiana”
Háblale de la importancia de su propio crecimiento espiritual y de los fundamentos de su fe, que le ayudarán a dar respuesta a los que le pregunten acerca de su decisión. No hace falta que haga el curso de los Primeros Pasos para el bautismo. Puede estudiarlos antes o después del bautismo, porque lo más importante es su fe en Cristo, que es la única condición que puso Jesús: “el que creyere y fuere bautizado será salvo”
3. Procura que asista a una koinonía.
Le ayudará a aclarar sus dudas y fortalecer su fe en Cristo. Puede ir antes o después del bautismo. Lo importante es que participe de este retiro espiritual.
4. Llámale por teléfono.
Háblale por teléfono al menos una vez a la semana para preguntarle cómo le va y si tiene alguna pregunta que hacerte. Si la pregunta es muy difícil, puedes decirle que buscarás ayuda y que le responderás en breve. Debes ser totalmente honesto y hablar solamente de lo que sabes.
5. Invítale a las reuniones de la iglesia.
Comenzar una nueva vida requiere hacer algunos cambios en los hábitos y, probablemente el hábito de asistir a la iglesia no esté incorporado. Ayúdale a formar éste hábito o costumbre en su vida. Llámale, recuérdale el horario, incluso, si hacer falta, ofrécete a buscarlo para que vayan juntos.
6. Ora por él o ella todos los días.
Que puedas decir lo mismo que Pablo: “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de ustedes, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos ustedes, por su comunión en el evangelio desde el primer día hasta ahora, estando persuadido de esto, que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” (Filipenses 1:3-6)